

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

Mafé

Elba Hernández



Digitalizado por Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)
Rosario R. Fernández
rose@revistakatharsis.org

MAFÉ

(Cuento)

Hubo de pasar más de un mes, desde aquel caluroso día de verano, en que decidió concluir ahí su búsqueda, la pequeña población, a primera vista le ofreció la atmósfera anhelada: tranquilidad, un clima excitante, paisajes por los cuatro puntos cardinales donde podía incursionar con toda tranquilidad, y lo más esencial, a los pocos días de llegar, encontró un motivo para desempacar los cuadernos de notas y cargar su pluma fuente.

Todo comenzó, el día que decidió tomar el desayuno, en la fonda adjunta a la posada, donde se hospeda desde que llegó al pueblo, y que no había tenido oportunidad de visitar, antes de abandonar su cuarto, tomó y llevó consigo, su carpeta de piel negra.

En menos de un minuto, estuvo bajo el portal de madera y paja, al pasar al interior, atravesó el umbral, de la primera entrada, en el afán de ocupar la mesa que le agradó, estuvo a punto de tirar al suelo, a una niña de escasos siete años, que con grandes esfuerzos, cargaba dos botes con desperdicios,- demasiado pesados para una pequeña de su edad.

Apenas tuvo tiempo de evitar que la pequeña cayera al piso, al tomarla rápidamente por los frágiles hombros, la pequeña, sorprendida, volteó a ver al hombre que la tenía tomada de sus hombros con delicadeza hasta comprobar su estabilidad.

A manera de disculpa, él acarició la despeinada cabeza de la chiquilla, volteó hacia la puerta oscura del fondo de donde apareció una mujer obesa, de escasos cabellos mal peinados sobre la nuca, gritándole a la niña, con ademanes grotescos, más, al ver al recién llegado, acariciando la cabeza de la niña, modificó y bajó notablemente el volumen de la voz, para decir:

¡Es muda y sorda!, -así nació- cuando llegó al mundo, la madre murió en el parto...Ella alcanzó a mirar la muerte y quedó así...muda, sorda... y tonta...

Fue la explicación, - no solicitada-, que la vieja de escasos cabellos, dio al hombre de la carpeta negra, al tiempo que comenzó a limpiar con un trapo, la mesa que de alguna forma le designó al forastero.

Ordenó un sencillo desayuno, en pocos minutos fue puesto sobre la mesa desnuda lo que solicitó, tal vez por no haber comensales a esas horas en el comedor fue atendido con prontitud.

En poco tiempo terminó de consumir los alimentos, se dispuso a observar el entorno mientras sacó una pitillera del bolso de su camisa de algodón, con extremada lentitud, mientras se quedó mirando hacia el muro norte de la fonda.

Mientras da las últimas fumadas a su cigarro, mantiene la mirada, en la puerta por donde salió la niña cargando los botes y comienza a sacar hojas blancas de su portafolio, saca su pluma fuente de la bolsa de la camisa, entre dientes repite..."es muda y sorda, al nacer la madre murió en el parto, ella alcanzó a mirar la muerte...

Con esas primeras palabras, escritas con tinta negra, sobre las hojas blancas, aquella mañana, comenzó la historia.

Mafé, como la nombran las pocas veces que alguien se ocupa de ella, está ahí desde su nacimiento, su tía, con quién vive, se vio obligada a adoptarla cuando la hermana de ésta, murió al nacer la niña.

Desde su arribo, a casa de la tía, recibió poca atención, vivió de milagro, gracias a la generosidad de una cocinera, que se apiadó de ella, alimentándola, cuando apenas era una bebé, metida en un cajón de madera, en condiciones lastimeras, ubicado en el rincón más oscuro de la cocina.

Pareciera que la vida, en un reto con la tía, le permitió permanecer en el mundo; entre las gentes más cercanas a la fonda, no era un secreto, el deseo expresado constantemente, por la dueña de la fonda por que la niña muriera, mas ésta se aferró a la vida, ahora, a sus siete años recién cumplidos, le era de gran utilidad a la mujer, que no le ha brindado una sola caricia en su corta vida.

Su nombre, como su existencia han sido mutilados, María Fernanda no sabe como se llama realmente, y a sus escasos siete años se le obliga a desempeñar tareas que no corresponden a una niña de su edad, su vida es una rutina sin atractivos, que inicia al amanecer.

Cuando son las siete de la mañana, una cocinera, la que abre la fonda, la despierta, sin palabras, con dos que tres sacudidas la obliga a ponerse de pie, así comienza el día para Mafé.

Sobre un banco, recargado en el fregadero y en penumbras, comienza la mañana, lavando los platos y cazuelas de la cena anterior, al terminar, en dos botes, tiene la tarea de llevar de una pileta, agua, y regar las plantas del patio trasero, que suman más de treinta, entre botes improvisados y macetas colocadas sin un orden estético.

En el mismo patio, rodeado con tela de alambre, la espera un gallinero, con un número indefinido de aves, ansiosas por su presencia, ya que luego de concluir con el jardín, les lleva agua y los granos cotidianos.

La pesada jornada de la mañana, termina con el acarreo de los botes con desperdicios para una docena de cerdos, aunque hace mucho tiempo, Mafé ha repetido esta tarea, aún se atemoriza, cuando se abalanzan al artesón, pareciera que salen de la porqueriza hecha con palos y piedras y la devoraran, primero a ella que a la comida que les tira, siempre termina agitada, y con su corazón latiéndole apresuradamente.

Con las gallinas es diferente, desde que las convoca con tres palmadas, y éstas se arrojan sobre los granos, Mafé, disfruta haciendo grupos por los colores de las aves, que se ocupan de comer, ignorando a la niña, quien las cuenta por su colorido: Las búlicas son once, cuatro pintas, ocho prietas, los tres gallos que se disputan el puesto de jefes y los pollitos de diferentes tamaños, haciendo esfuerzos por pescar algo de los granos que son devorados con prontitud por los adultos.

Ese es el único momento que la niña se siente feliz, los pollitos la divierten, cuando dos se disputan un grano, ella ríe, se queda un rato disfrutando el espectáculo, mientras continúa aventando el alimento hasta agotar el contenido del canastillo, les llena de agua los recipientes y espera...

Desde la puerta, alguien la llama, regresa a la cocina, como una sombra, se sienta en el rincón que se le designó a partir de su llegada a ese lugar, paciente, espera a que la cocinera u otra empleada, le tienda el plato y la taza, con el escueto desayuno de todos los días.

Al terminar, aguarda durante más de una hora, a la mujer gorda, que conociendo la sordera de su sobrina, le grita sin misericordia, Mafé la mira y sabe que es hora de volver a fregar los platos sucios.

Así es la vida de la huérfana, a las cinco de la tarde está libre, nunca ha sabido que hacer con su tiempo; solo tomar una pequeña silla, la lleva al portal de la fonda y permanece sentada, mira a la gente que pasa de un lado para otro, algunos animales que ella cuenta divertida, descubriendo las matemáticas, como

con las gallinas.

Al marcar el reloj las siete, a Mafé le cambia la expresión del rostro, -no sabe del reloj, - pero a esa hora, nuevamente la llaman para que cene, que tampoco es el motivo de su felicidad, realmente la cena es lo de menos, ella espera con ansias, que la tía le indique con la mano, que es hora de dormir, momento en que la niña comienza a ser dichosa.

Sale con sigilo de la cocina, pasa por el comedor, donde ya están ocupadas algunas mesas con los primeros clientes para la cena, de una vieja rocola se oye una melodía, que se va escuchando lejana y deja de oírse cuando la niña cierra cuidadosamente la puerta, que normalmente así permanece, por ser los aposentos de la mujer, dueña de la fonda.

El dormitorio, conformado por dos cuartos, comunicados entre sí, por una puerta baja, cubierta por una cortina sucia de color indefinido, la abraza en su oscuridad, dejando perfilar apenas la coronilla de su cabeza, con un tímido rayo que se cuela por la rendija de una ventana de postigos desgastados y sin pintar.

Mafé tiene su espacio en el cuarto de la entrada, ahí junto a la máquina de coser, un montón de trapos en el piso conforman su cama, donde la niña, cada noche sueña y vive la vida.

Antes de echarse sobre los trapos, sube sobre un banco y abre la ventana que está en el muro que al separar los gruesos postigos, la luna se deja ver en plenitud entre los vidrios sucios.

Con movimientos lentos, introduce su adolorido cuerpo entre las mantas, se queda quieta, mirando la ventana, con cuidado, jala la cobija hasta la barbilla, sin dejar de ver la luna, que pareciera que le hace guiños.

Tarda poco tiempo en quedarse dormida, un profundo sueño se apodera de ella, tan placentero, que su rostro muestra una ligera sonrisa.

Comienza a soñar. Esta vez, camina entre cantos rodados, a la vera del río, pleno de juncos, que siempre aparecen en los sueños de ella, los pies descalzos son acariciados por las piedras, no hace falta sortear sus filos, en este mundo de sueños todos la aman, la acarician...

Repentinamente, el conejo azul está frente a Mafé, la niña finge que se asusta, lo recrimina entre risas, ambos saben que es broma, se toman de las manos y comienzan a disfrutar ...

¿a qué quieres que juguemos?

-Saltemos entre los juncos- dijo el conejo azul, jalando a su amiga por la falda, se dispusieron a caminar rumbo al río, estaban por llegar a éste, cuando una luna esplendorosa, molesta, se dejó ver entre las ramas de un frondoso sauce llorón, estirando su brazo, jaló de las orejas al conejo azul.

-No pidió permiso para salir- habló el satélite de plata, mientras colocó al conejo infractor, en el lugar que está siempre, mostrando a la visitante un rostro de enojo, ésta, apenada, optó por alejarse, sin contradecir a la dama de luz...

-¡La próxima vez pediremos permiso a mamá luna, amigo conejo!- le gritó la niña, desencantada por el castigo a su amigo, quien dobló sus orejas, como respuesta, ante el enojo de la madre luna, nada se puede discutir...

Después del frustrado plan, Mafé, toma con sumo cuidado la esquina de la página del libro del sueño y le da vuelta...

¡Aparece su amigo!, "el charquito", ¡será divertida la noche!

-¡Hola Mafé!-, hace muchos sueños que no jugamos,- el pequeño "charco", habló y salpicó a la niña a manera de saludo.-¡No, deja eso, está fría tu agua!- gritó la pequeña, al tiempo que se retira de su amigo, evadiendo el ataque,-ambos terminan riendo, contentos.

Comienzan a caminar, mientras deciden qué hacer, tomados de la mano, suben y bajan las piedras grandes del camino.

-¿Adónde vamos Mafé?

-¡Con tu padre el río!-, ahora sí pediré permiso, para que puedas jugar conmigo durante mi sueño, no quiero pasar por lo mismo que con mi amigo el conejo azul.

El río, que vio llegar a la niña, y la escuchó, salpicando a los dos, habló:- ¡jueguen, diviértanse, tienen mi permiso!-, solo te recuerdo hijo, que no se acerquen a la "mujer arena", no olvides lo mucho que le gusta devorar "charquitos" -¡tengan cuidado!-Mafé, feliz, contestó a "papá río" - yo me encargo de ello señor río, "charquito" y yo no pasaremos cerca de la mujer arena, yo también le temo, la última vez que estuve en ella, casi devora mis piernas.

Durante el resto de la noche los dos se divirtieron de mil maneras, la niña le

cantó lo que a su amigo le gusta escuchar: "el chorrito", "en el agua clara", muchas bellas rondas que extrañamente, en el sueño Mafé domina y disfruta con sus amigos de juegos.

Han pasado muchas horas, la pequeña sabe que el amanecer está próximo, "charquito", no sabe del tiempo y continúa saltando y salpicando gotitas a diestra y siniestra,.

Al asomarse el alba, la niña se dirigió al niño "charquito."

-Amigo, llegó la hora de retirarme- ha sido muy divertido el sueño, me queda tiempo apenas para despedirme de tu padre y pedirle un gran favor, que te acerque a mis próximas páginas de mi libro de los sueños, ¡me encantaría verte una vez más!

El "charquito" triste, dice adiós a la niña, como siempre salpicándola con su cuerpo, Mafé comienza a caminar, sacudiéndose la falda divertida y agitando su mano a manera de un adiós a su amigo.

Amanece, Mafé, siente las manos toscas, sin miramientos, sobre su cuerpo, que la obligan a ponerse de pie, y en pocos minutos quedar lista para las pesadas tareas del día.

Con las manos se alisa los desordenados cabellos, en un aguamanil, que siempre está sobre un cajón de madera, Mafé se lava el rostro que seca con el faldón de su vestido y sale hacia la cocina donde comienza su trabajo.

En penumbras, entra al rincón, sube al banco junto al fregadero, testo de loza sucia, comienza la tarea, apenas puede con sus pequeñas manos sostener las ollas de mayor tamaño, cuando entra la tía, ella ha terminado con toda la loza sucia, evitando con ello los regaños y moquetes, que la mujer gorda le propina cuando se retraza en los quehaceres, ésta mira hacia el fregadero, con desprecio le indica continuar con las plantas, gallinas y cerdos.

-¡Esta tonta!...¡cómo me desespera!,- habla la tía- a la vez que rasca en forma grotesca los pocos cabellos que se enredan en desorden sobre la nuca...

-Pero bien que le sirve- contesta la cocinera que hora antes despertara a la niña y que a pesar de no mostrarlo, le lastima la condición de Mafé.

-Y me da lata, ¿tú crees que no me cuesta?...

-pero le desquita muy bien, ¿cuánto pagaría, si no le hiciera Mafé todas esas

tareas tan pesadas?.

-Ya, ya, metete en tus cosas y no pierdas tiempo con esa mocosa,-concluyó la gorda-, molesta con la empleada, que haciendo mutis, desapareció en el fondo de la cocina.

Esa tarde, como todas, la pequeña sentada en la misma silla, mira caminar a las gentes, en su mayoría pasan de largo sin verla, algunas le sonrían, ignorando su historia.

La noche está fría, una corriente helada, se cuele en la desnuda espalda de Mafé, se estremece, siente la piel como carne de gallina, estornuda repetidas veces, siente la frente caliente, su cuerpo tiembla.

La noche helada, la obligó abandonar más pronto su lugar de observación, esperó cerca de la cocina los gritos y ademanes de la cocinera para tomar la cena en su mismo rincón, luego del cuál con el sigilo de todas las noches, abandonó, para entrar por aquella puerta que siempre la devora con su oscuridad de un solo bocado.

Con lentitud, comenzó a ordenar los harapos de su cama, la única luz que guía sus movimientos, es la que se cuele por la ventana, ahora pareciera que la luna está generosa con Mafé, los rayos que penetran hasta su cama son intensos, luminosos, pintan en el rostro de la niña manchas de plata, en sus brazos, su cuello, se dibujan líneas plateadas, que le dan un aspecto de escultura infantil de alguna fuente en el más florido parque de una ciudad.

Antes de entrar en la cama voltea hacia la ventana, sonrío al satélite, como agradeciéndole las caricias que aún hormiguean en su piel, siente un gran calor, hay sudor en todo su cuerpo, el sueño está por comenzar, la página del libro de los sueños de Mafé, se abre, ahora con más colorido.

La niña avanza, ahora no tiene prisa, el reloj no la inquieta, camina sobre los cantos rodados de muchos colores a cual más lindos, saluda a cuanta flor se encuentra, mientras busca entre las ramas del sauce llorón los rayos de plata.

Ahora sí pedirá el permiso a mamá luna, y disfrutará al conejo azul en sus juegos, ambos buscarán la página del libro de los sueños de ella, donde esté su amigo "charquito" y los tres caminarán, correrán por todo el juncal, subirán a las colinas donde es posible ver un mar de mil colores, hermano de los arco iris que juegan con ellos cuando la lluvia viene a festejarlos.

Ahora el satélite, está de buen talante, escucha la petición de Mafé, complaciente,

permite al conejo azul salir de su espacio, el que ni tarde ni perezoso, salta raudo hasta donde la niña lo espera.

Guiados por los rayos plateados, los dos corren, el conejo azul no entiende qué es lo que pretenda su amiga, cuando ésta, afanosamente, busca en el piso, jala algo, haciendo esfuerzos, hasta que le pide ayuda para estirar la página de los sueños que se resiste a dar vuelta, después de grandes intentos, ésta voltea, y los amigos maravillados, ven el nuevo paisaje aparecer lentamente ante sus ojos, y ellos mismos dentro de él.

-¿qué es esto?- exclama sorprendido el conejo azul...

.Es el mundo de mi amigo "charquito", lo conocerás y serán grandes amigos también- , esta página es de mis preferidas, de los mejores sueños, ya verás, será divertido, cuando conozcas a este amigo.

-¡Aquí estoy!, te esperaba, tardaste un poco, se escuchó una voz, mientras algunas gotas de agua caían sobre Mafé y el conejo, éste último, más sorprendido que al principio, sacudiendo el agua de su pelaje azul, esperó interrogante a que su amiga le explicara.

-¡Ah!, mira, amigo conejo azul, este es mi amigo "charquito", desde ahora también tuyo," charquito" tendió su húmeda mano al extraño conejo, que tímidamente correspondió, ofreciendo la mano de la buena suerte, al líquido e inquieto amigo de Mafé.

Para comenzar, hablemos con tu papá río, para disfrutar la noche...

¡No!, no te preocupes, ya tengo el permiso, él está ocupado con la "señora arena", parece ser que han entablado una amistad de paz, ella ha prometido nunca más devorar a niños" charquitos" extraviados, así que ahora podremos correr por sus arenas y hacer castillos o montañas de arena sin peligro alguno.

Los tres amigos saltaron y gritaron de gusto por la buena noticia.

Esa noche que pareciera eterno, hubo de todo, el tiempo parecía no avanzar, los juegos de unos y otros han reunido a más integrantes, un grillo, una ardilla, varias orugas haciendo un acto de circo, hasta los caracoles, en un desfile sobre las ramas más delgadas, hicieron gala de equilibrios y valentía, logrando que Mafé, se sienta más feliz que ninguna noche.

Los tres amigos, entre risas y bromas, hicieron un pacto, jurando no separarse más.

Sí, Mafé, cierra los ojos con fuerza, pide un deseo con todas las ganas, nosotros tomaremos tu mano con fuerza y se concederá, eso me lo contó mamá luna, ella dice que todo es posible, sí lo deseas así, con gran intensidad...

Los tres se colocaron en actitud de efectuar el sortilegio, con una gran esperanza y deseo de que se hiciera realidad...

Así, tomados de las manos, quedaron por varios minutos, hasta que el niño "charquito" se fue retirando despacio, hacia el río, y un rayo de luz plateado, de gran magnitud, bañó a Mafé y al conejo azul, que sorprendidos, vieron como, elevándose hacia la luna, el piso se aleja lentamente, el río, las colinas, todo se ve chiquito.

María Fernanda aprieta la mano del conejo azul, interrogante, lo mira a los ojos, él no tiene respuesta que darle, está igual de sorprendido.

Mamá luna, abraza a los dos amigos, tranquiliza a la niña que no sabe qué hacer ante la situación...

Tranquila, tú estarás aquí conmigo siempre, ya no voltearás más páginas de sueños, ahora esto es una realidad eterna, este es tu mundo nuevo.

Mientras el satélite plata, pronunciaba estas palabras con gran ternura, Mafé, tranquila, cerró los ojos, acomodó su cuerpo en un alivio absoluto y sonrió a su nueva vida.

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2009